

*CARTA CRITICA DE JUAN PICO DE LA MIRANDOLA A
HERMOLAO BARBARO SOBRE EL LENGUAJE DE LA
FILOSOFIA Y EL DE LA ELOCUENCIA*

Escribe: JULIAN MOTTA SALAS

Hablaba yo ayer, no que "decíamos ayer", porque no soy ningún Fray Luis de León, sobre la imitación en el arte de escribir y de cómo no ha de seguirse a un autor determinado para beberle los alimentos, por más ilustre que sea, sino que deben ser leídos los príncipes, y éstos de todas las naciones, mas escogiendo los autores del idioma español, nosotros que somos españoles o descendientes de españoles, el cual, en concepto de los gallitos de primer canto, "es actualmente el más atrasado de los idiomas que rigen el Occidente".

Quien tenga alientos para este difícil arte de escribir no ha de intentar como la mona los gestos de nadie, por esclarecido que sea, sino tratar de volar con sus propias alas, aun cuando caiga como Icaro. Algo de lo que decía siguiendo la célebre discusión sobre la lectura de los autores y su imitación, empeñada entre Angel Poliziano y Pablo Cortese, puede aclararse y apurarse más aún transcribiendo los preciosos conceptos contenidos en la carta escrita en Florencia por Juan Pico de la Mirandola a Hermolao Bárbaro el 3 de junio de 1485.

Yo, en verdad, mi querido Hermolao, le decía, ni puedo callar lo que opino de tí, ni dejar de sentir lo que se debe a quien posee en sí en grado eminente tantas cosas grandes. Ojalá fuese tal la percepción de mi mente como para opinar acerca de tus merecimientos, y ojalá pudiese decir alguna vez lo que siempre siento, pues mi concepto sobre tí está infinitamente por debajo de la alteza de tu doctrina. Ten presente que lo que digo es menos de lo que pienso y que me faltan palabras para adecuarse a la realidad de las cosas. Y me crees tan osado que espere imitar tu grandeza, que ni siquiera puedo apreciar. Todos pueden admirarte, pocos imitarte y nadie corregirte. Ojalá fuera tanta mi fortuna que lo que escribiera pudiera reproducir de algún modo a mi Hermolao. Para callar lo demás, tu mismo estilo, del que tan poco te cuidas, me colma y deleita maravillosamente: tan docto es, grave, compuesto, erudito, forjado, ingenioso; nada hay en él común, ni trivial, ya en las palabras, ya en las sentencias. Yo y Poliziano leemos las cartas que a otros o a nosotros nos escribes; y las sucesivas compiten siempre con las primeras, y nuevas gracias florecen fértilmente a cada lectura, tal que no hay lugar a res-

pirar con una continua aclamación. Extraordinaria cosa es como persuades y como llevas a donde quieres el ánimo del lector.

Lo he experimentado ya en otra ocasión y ahora en tu última carta en que truenas contra estos bárbaros filósofos de quienes dices que son considerados generalmente sórdidos, rudos, incultos, los cuales ni vivos han vivido, ni han de sobrevivir después de la muerte, y si ahora tienen vida viven para castigo y vergüenza, y así (¡por vida de Hércules!), de tal modo me conturbo, avergüenzo y me arrepiento de haberlos estudiado desde hace seis años que los manoseo, que nada querría haber hecho menos que el haberme ocupado con tanto celo en una cosa tan inútil. He perdido en Tomás, Juan Scoto, Averroes, Alberto, mis mejores años y tantas vigili-
as con las cuales habría podido ser algo en las letras! Y pensaba dentro de mí mismo para consolarme que si alguno de ellos renaciera, sutiles como eran, no habría hallado argumentos para defender de cualquier modo su causa. Por fin me vino a la mente que alguno de ellos, un poco más elocuente, habría podido defender así su barbarie, lo menos bárbaramente posible:

Hemos vivido célebres, oh Hermolao, y viviremos en adelante, no en las escuelas de los gramáticos, ni en las casas de educación en que se enseña a los niños, sino en los círculos de los filósofos, en las asambleas de los sabios, donde no se habla de la madre de Andrómaca, ni de los hijos de Niobe y otras minucias, sino se disputa sobre los principios de las cosas divinas y humanas. En cuya meditación, inquisición y explicación fuimos tan sutiles, agudos y penetrantes que parecíamos alguna vez demasiado solícitos y escrupulosos, si es que se puede ser demasiado escrupuloso o curioso en indagar la verdad. Y si en esto nos acusare alguno, cualquiera que sea, de debilidad y lentitud, que salga adelante, pues se convencerá de que hubo bárbaros que tuvieron a Mercurio, no en la lengua sino en el corazón y si les faltó la elocuencia no la sabiduría, lo que si separarlas está lejos de culpa, es ilícito unir las. ¿Quién no condenará los rizos y aderezos en una doncella honesta? ¿Quién no los detestará en una vestal? Tanta es la oposición entre el oficio del orador y el del filósofo, que no pueden pugnar más entre sí. Pues ¿cuál otro puede ser el oficio del retórico que el de mentir, engañar, dar rodeos, escamotear? Es vuestro oficio, como decís, poder cambiar en blanco lo negro y en negro lo blanco y poder alzar con la palabra, desechar, amplificar, debilitar lo que queréis. Finalmente, os pactáis de transformar el aspecto y carácter de las cosas en lo que queréis para que aparezcan no tales cuales son por sí, sino lo que queréis y no siendo tengan apariencia entre los oyentes.

Todo esto no es más que pura mentira, mera impostura, mera charlatanería, cuando sea verdad que el orador engaña blandamente las mentes de los oyentes, o exagerando siempre la naturaleza de lo real, o haciéndola fallar aminorándola, dando un falaz concepto de palabras y desplegándolas como larvas y simulacros.

Tendrá éste alguna afinidad con el filósofo, cuya meta estriba toda en conocer la verdad y demostrarla a los demás? Pon por contera que no mereceremos confianza alguna si afectamos esplendidez y donaire de vocablos, como si, fiando poco en las cosas como son, tratásemos de traer a los hombres a nuestra opinión con estos engaños. Por esto leemos las

cosas sagradas que están escritas más con rusticidad que con elegancia, puesto que nada hay más inconveniente y perjudicial en todo asunto en que se trata de conocer la verdad que ese total rebuscamiento del estilo. Lo cual es propio de las causas forenses, que no de las investigaciones naturales y celestes; ni es digno de quienes están en la Academia, sino de quienes se pavonean en la república, en la cual todo cuanto se hace y dice es examinado en el juicio del pueblo, ante el cual pesan más las flores que los frutos. No conoces aquello de que no a todos sientan bien las cosas de igual hilaza? *¿Nonne scis illud? Non omnia omnibus pari filo conveniunt.*

Confesamos que es cosa elegante la facundia, llena de atractivo y de placer, pero no es decorosa en un filósofo, ni grata. ¿Quién no aprobará en el histrión y bailarín un suave andar, unas manos delicadas, unos ojos vivos? ¿Y quién no los improbará, los criticará y abominará en el ciudadano, en el filósofo? Si vemos a una muchacha de modales alegres y decidora, la alabaremos y besaremos tiernamente; pero los condenaremos y perseguiremos en una matrona. Así pues, no somos nosotros, sino los ineptos que ante los pies de Vesta celebran bacanales, los que deshonoran la gravedad y pureza de la filosofía con diversiones públicas y floeos. Lo que Sinesio dice de un adolescente, se puede decir muy bien de una oración: que adornada siempre es afeminada. Por eso preferimos nuestro lenguaje hirsuto, pesado, dificultoso, que no bellamente adornado, o con nota o sospecha de impureza. De otra manera no revelaría el peplo de Palas, sino que sería rechazado como profano de las cosas sagradas.

Y dejando lo demás, esto es certísimo: que nada hay más contrario en cualquier cosa del instituto del filósofo, que lo que de algún modo sabe a lujo o fausto. Decía Sócrates que los zapatos de Sicione eran cómodos y elegantes, pero no convenientes para Sócrates. Es completamente diferente el vestido del hombre de mundo y el del filósofo, y así los manjares de la mesa y el discurso; de éstos se sirve el filósofo solamente para sus necesidades, y el hombre de mundo para sus antojos; si éste los despreciasse no sería hombre de mundo, y si aquel los emplease no sería filósofo. Si Pitágoras hubiera podido expresar sus pensamientos sin comer, hubiera prescindido también de las legumbres; si hubiera podido expresar sus pensamientos por el aspecto del rostro, o explicar sus acciones con una fatiga menor que la palabra, no hablara en absoluto, pues tan lejos estaba de pulir y adornar su lenguaje. De esto nos debemos guardar, no sea que atraído el lector por la piel compuesta se aficione a ella y no penetre a la medula y a la sangre, la cual hemos visto manar infecta bajo un rostro blanqueado con albayalde.

Lo hemos visto, digo, en todos estos que lo acostumbran, pues nada tienen dentro de sí que no sea inane y vano, que es el entretener al lector, a la primera ojeada, con varia modulación y música acordada de voces; lo que si hiciere un filósofo exclamará Musonio que no es tal el que habla, sino un músico que canta. No se nos achaque a defecto el no haber hecho lo que es una imperfección hacer. Nos preocupamos por lo que escribimos, no de cómo lo escribimos; si nos preocupa el modo como escribimos, es solamente para escribir sin pompa ni flor alguna en la oración, que no queremos sea deleitable, agraciada y placentera, sino útil, grave y

severa, para que consiga más bien majestad por su rudeza, que no gracia por su blandura. No esperamos el aplauso del teatro por haber acariciado los oídos de los espectadores con una cláusula armónica o numerosa, pues esto es falso y aquello achulado; más bien esperamos el silencio como admiración de los pocos que miran las cosas íntimas sacadas de la naturaleza o de las cosas del cielo, traídas a los hombres del aula de Júpiter, de tal modo que no haya lugar para la defensa si se arguye, o de argüir si se defiende. Admírenos por sagaces en la inquisición, por circunspectos en la investigación, por graves en el juicio, por la habilidad en la victoria y la facilidad en la explicación. Admírese en nosotros la brevedad del estilo lleno de muchas y graves cosas, bajo la exposición de las palabras, las sentencias más profundas, llenas de cuestiones, de soluciones; cuán hábiles somos y bien instruídos para eliminar las ambigüedades, resolver las asperezas, explicar los embrollos, refutar lo falso y confirmar la verdad con silogismos convincentes.

Con estos títulos, oh Hermolao, no dudamos de que hasta aquí hemos vindicado y habremos de vindicar en lo futuro nuestra memoria del olvido. Pero si en el vulgo, como dices, somos juzgados sórdidos, rudos, incultos, ello es una gloria para nosotros, no una vergüenza. No hemos escrito para el vulgo, sino para ti y tus semejantes. (*Vulgo non scripsimus, sed tibi et tui similibus*). No de otra manera que apartaban los antiguos a los profanos de sus enigmas, fábulas y misterios, acostumbramos nosotros a alejarlos de nuestros convites, que no podrían menos de corromper con la amarga corteza de sus palabras. Suelen los que quieren ocultar sus tesoros, si no tienen oportunidad de trasponerlos, cubrirlos con basuras o cascotes para que no los sorprendan los transeúntes, sino los que ellos estiman acreedores a ese oficio. Semejante es la preocupación de los filósofos de ocultar al pueblo sus cosas, el cual, como no puede aprobarlas ni entenderlas, no ha de juzgar que lo que escriben sea teatral y digno de aplauso y popular, y parezca adaptarse finalmente al juicio de la multitud. Pero ¿quieres que te de una idea de nuestro lenguaje? Es el mismo de los Slenos de Alcibiades, cuyas imágenes eran de aspecto rudo, espantoso y despreciable, pero estaban llenos por dentro de objetos raros y preciosos. Así, al mirar lo exterior, te parecería un monstruo; pero en el interior reconocerías a un dios.

Mas dirás: no sufren los oídos una construcción, ya áspera, ya hendida, siempre inarmónica; no soportan los nombres bárbaros que atemorizan hasta por su sonido. ¡Oh hombre delicado, cuando te acercares a los flautistas y citaredos sé solo oídos; mas cuando fueres a los filósofos apártate de lo sensible, vuela a tí mismo, a los penetrales del alma y a los recesos de la mente. Ponte las orejas de Tiano con las cuales, librándose del cuerpo, oía, no ya al terrestre Marsias, sino al mismo Apolo celestial que en su cítara divina modulaba con inefables acentos los cantos del universo. Si con esos oídos oyeres las palabras de los filósofos, te parecerán mieles como para suscitar la envidia de Néstor. Pero dejemos estas cosas demasiado elevadas. No soportar, por cierto, el filósofo que dipusta muy sutilmente una elocuencia poco elegante, es señal más bien de condición insolente que de gusto delicado. No ocurriría de otra manera que si alguien se mostrase ofendido porque Sócrates, mientras diserta sobre moral, tuviese desatados los zapatos, o desarreglada la toga y las uñas

mal cortadas. No desea Tulio elocuencia en el filósofo, sino que agrade por los argumentos y la doctrina. Aquel hombre tan prudente y erudito sabía que nos incumbe formar la mente más bien que la dicción y que no yerre la razón, no la oración; nos corresponde el verbo interior, no el exterior. Laudable es en nosotros tener las Musas en el ánimo y no en los labios, no sea que en él haya aspereza por la ira, o algo enervante por la sensualidad.

Finalmente, que no haya en él nada que discorde de aquella genuina armonía con que está templado acordemente el ánimo y que Platón comprendió se echaba a pique por ese arte teatral de los poetas, por lo cual les excluyó a todos de su república, la cual dejó para ser gobernada por los filósofos, y decretó luego que fuesen condenados al exilio si por el prurito de la disertación imitaban a los poetas.

Pero instará Lucrecio que si las disertaciones filosóficas no necesitan por sí mismas la amenidad del decir, ha de disimularse su austeridad aduciéndola, bien así como los absintios arrojan de por sí las enfermedades y se mezclan, sin embargo, con miel para engañar la impróvida edad de los niños. Quizá esto debiste hacerlo, Lucrecio, si hubieras escrito para los niños, o para el vulgo; y lo debiste hacer tú, que propinaste no solamente absintios sino purísimos venenos. Pero muy otro es el criterio que debemos tener nosotros, quienes, como antes dijimos, no nos proponemos atraer el vulgo, sino alejarlo, y no suministramos negros ajenjos, sino néctar.

Objetará Lucrecio que la verdad se arraiga en las almas de los oyentes e influye más poderosamente en las personas maduras si está armada con su fuerza y adornada con la luz de la elocuencia. Si hubieras sido tan asiduo en las Sagradas letras como lo fuiste en ficticias controversias, no hubieras dicho esto, y quizá hubieras confirmado no menos bien nuestras doctrinas como confutaste las ajenas.

Dí ahora. ¿Qué mueve más fuertemente y persuade que la lectura de las Sagradas Letras? No mueven solamente y persuaden, sino obligan, agitan, vigorizan las palabras rudas y agrestes de la ley, que penetran vivas, animadas, flameantes, tajantes, hasta lo más profundo del espíritu y transforman a todo el hombre con un poder admirable. Dice Alcibiades que no se conmueve con las oraciones elaboradas y succulentas de Pericles, sino con las palabras descarnadas y sencillas de Sócrates. Y agrega que por desadornadas que estén lo arrebatan y ponen fuera de sí y, quiera o no, lo obligan a hacer lo que ellas mandan. Pero ¿para qué pierdo palabras en un asunto admitido? Si el que oye no es un tragaldabas ¿qué puede esperar sino insidias de un lenguaje adornado?

Con tres cosas se persuade especialmente: con la vida de quien habla, con la verdad de lo que dice y con la sobriedad del lenguaje. Son éstas, oh Lactancio, las tres cosas que consilian crédito a un filósofo: si es bueno, verídico y si está deseoso de aquel género de elocuencia que no viene de la amena floresta de las Musas, sino que fluye del antro horrendo en que dijo Heráclito que se oculta la verdad. (*Tribus maxime persuadetur, vita dicentis, veritate rei, sobrietate orationis. Haec sunt, Lactanti, quae philosopho fidem conciliabunt: si bonus fuerit, si veridicus, si id*

genus dicendi appetens, quod non ex amoenis Musarum silvis, sed ex horrendo fluxerint antro, in quo dixit Heraclitus latitare veritatem).

Mas alguno dirá: Examinemos estas cosas sin disputar. Por sí misma es la sabiduría algo venerable y divino y no exige ningún ornamento exótico; pero ¿qué se pierde con agregárselo? ¿Quién niega que lo que es bello se hace más hermoso si se adorna? Yo, amigo mío, lo niego en muchas cosas cuyo esplendor, si algo le añadieses, eliminas y no ilustras, puesto que por su naturaleza están en tan óptimo grado que no pueden cambiarse sino para hacerse peores. Una casa de mármol no exige pintura, y si la cubres de blanco le quitas dignidad y hermosura. No de otro modo la sabiduría y lo que tratan los filósofos no se embellecen con jalbegues de yeso, sino que se rebajan. ¿Qué más? ¿No es bien sabido que las buenas formas se deturpan con albayalde? En general, el oropel que añade esconde lo que encuentra y ostenta lo que lleva consigo. Por esto, si lo que antes había es superior a lo adventicio, lo que le agregares, sea lo que fuere, traerá daño y no ganancia. Por lo cual se muestra desnuda y toda a la vista la filosofía; quiere mostrarse toda a los ojos y expuesta al juicio, pues sabe que tiene motivos para agradar toda y por dondequiera que se la mire. Lo que de ella ocultes es forma que ocultas y loanza que disminuyes; quiere ser tenida pura y no mezclada porque lo que le mezclares la corrompe, la adultera y convierte en otra. Ella se yergue en su puntual e indivisible individualidad.

Por esto no hay que jugar con figuras retóricas, ni con demasiadas palabras o arreos, ni holgarse en los traslados, ni en la audacia de términos ficticios en cosa de tanto momento y de tal importancia, en la cual sería pecado grave quitar, añadir o cambiar algo. Dirás, sin embargo: os concedemos que no sea tarea vuestra hablar con galanía; pero sí os corresponde, y no lo hacéis, hablar en latín por lo menos, si no con palabras floridas, apropiadas para decir bien las cosas. No exijo de vosotros una oración galana, pero no la quiero sórdida; no perfumada, mas tampoco que apeste; no selecta, pero tampoco desmañada. No pretendemos que deleite, pero nos molesta que ofenda. Está bien; ya conviene con nosotros.

Ahora me place saber cuál sea esa latinidad que decía que es la única que deben respetar los filósofos y no lo hacen. Si, por ejemplo, se dice que el hombre es *producto* del sol, los nuestros dirán que es *causado*. Y exclamarás inmediatamente: “Esto no es latín”; y dirás con razón: “No está dicho romanamente”; pero si dices que “no está dicho rectamente”, peca el argumento. Una misma cosa dirán el árabe o el egipcio; no la dirán en latín, pero exactamente, sin embargo. O los nombres de las cosas son impuestos arbitrariamente, o por la naturaleza; si por arbitrio, en el sentido de que a cada cosa se le de el nombre que le corresponde por el consenso común, llámase así por ellos rectamente. ¿Qué prohíbe que estos filósofos, a quienes llamáis bárbaros, hayan acordado una norma lingüística, tan sagrada en su concepto como es para vosotros la lengua romana? Ni hay razón para que llaméis recta la vuestra y no aquella, si esta imposición de los nombres es absolutamente arbitraria. Ahora bien, si no le queréis dar el nombre de romana llamadla entonces francesa, inglesa, española, o como suele decirse, parisiense. Cuando os hablen reiréis por muchas cosas y otras no entenderéis. Lo mismo les acaecerá a ellos

cuando les habléis: *Anacarsis prefiere solecismos en Atenas, los atenienses entre los escitas.*

Si la propiedad de los nombres depende de la naturaleza de las cosas deberemos ir a consultar sobre aquella a los retóricos y no a los filósofos, que son los únicos que han examinado y esclarecido la naturaleza de todas las cosas? Quizá lo que los oídos rechazan por áspero, la razón lo acepta por más acorde con la realidad. ¿Y qué les importó renovar la lengua y no hablar en latín, si habían nacido entre los latinos?

Ellos no podían, oh Hermolao, cuando leían en el cielo las leyes de los hados, las señales de los acontecimientos, el orden del universo, en los elementos las vicisitudes de la vida y de la muerte, la fuerza de las cosas sencillas, el temple de las compuestas, no podían, digo, anotar a un mismo tiempo las propiedades, leyes y caracteres de la lengua romana en Cicerón, en Plinio, en Apuleyo. Investigaban qué es contrario, qué conforme a la naturaleza y no se preocupaban por saber lo que sentían los romanos. Pero te situó en un lugar mejor y te concedo que la elocuencia y la sabiduría están unidas entre sí con un lazo común. Los filósofos separaron la sabiduría de la elocuencia; los historiadores, retóricos, poetas, —cosa que llora Filóstrato— la elocuencia de la sabiduría. Tú no dudas en modo alguno que éstos han de salir vencedores con una fama célebre y que aquellos han de vivir para castigo y contumelia. Mira lo que haces, pues Cicerón prefiere una prudencia poco sabia a una estulta locuacidad. No buscamos en el dinero cómo ha sido acuñada la moneda, sino de qué metal se ha forjado. No hay quien no prefiera el oro puro aunque tenga nota de teutón, al que ha sido falsificado bajo un símbolo romano.

Se equivocan los que establecen antítesis entre el corazón y la lengua; pero quienes sin corazón son todos lengua ¿no son, como dice Catón, meros glosarios muertos? Podemos vivir sin lengua, quizás con incomodidad, pero no podemos vivir sin corazón. No es hombre culto el que no se preocupa del pulimento literario; mas no es hombre el que está privado de filosofía. (*Non est humanus qui sit insolens politioris litteraturae; non es homo qui sit expera philosophiae*). Puede aprovechar la sabiduría sin el arte oratorio; pero la elocuencia estulta es como la espada en manos de un loco furioso; así que no puede menos de perjudicar sobremanera. Luego dirás: las estatuas no se recomiendan por la figura, sino por la materia; y si Querilo y Mevio hubiesen cantado las mismas cosas que Homero y Virgilio, habría sucedido que ellos también habrían sido recibidos entre los poetas. ¿No ves, acaso, la diferencia de la comparación? También aseveramos nosotros que el juicio se estima por la forma y no por el sujeto, puesto que por la forma la cosa es lo que es; pero por una forma ha de ser recibido uno entre los filósofos, y por otra entre los poetas.

Escriba Lucrecio sobre la naturaleza, sobre Dios, sobre la providencia, escriba alguno de nosotros acerca de lo mismo, por ejemplo, Juan Duns Scoto, y en verso para que se muestre más inepto. Tratará Lucrecio los principios de las cosas, los átomos y el vacío, de que Dios es corpóreo y no sabe de nuestras cosas, que todo es llevado y traído por la conjunción fortuita de los corpúsculos, pero esto lo dirá en latín y elegantemente. Juan Scoto dirá que las cosas naturales se constituyen por su materia y por su forma, que Dios es una mente separada que todo lo conoce y a todo

provee, y que por el hecho de ver y moderar todas las cosas, aun las ínfimas, en manera alguna se mueve de su paz, sino que, como suele decirse, asciende para no descender. Lo diré insulsa, rudamente, no en palabras latinas. Por favor, ¿quién podrá poner en duda cuál es el mejor poeta, el mejor filósofo? Fuera de toda controversia está que es tanto mejor filósofo Scoto cuanto Lucrecio habla con más exquisitez.

Observa las diferencias: Scoto tiene la palabra insípida; Lucrecio la mente sin buen juicio; no conoce aquél las reglas, no diré de los poetas, pero ni siquiera de los gramáticos; estotro desconoce las leyes de Dios y de la naturaleza; aquel, ineptísimo para hablar, comprende lo que las palabras no son capaces de ponderar suficientemente; el otro, elocuentísimo para hablar, dice cosas nefandas.

Tales argumentos podrían aducirse, carísimo Hermolao, en defensa de la propia barbarie, o sutiles como son, quizá emplearse mucho más fuertes. A cuyo parecer no me acuesto yo, ni creo que deba acceder a ellos un hombre de cultura liberal. Me he complacido, sin embargo, en esta como materia vil, como quienes alaban la cuartana, para cimentar mi ingenio, ya para hacer como aquel Glauco en Platón, que alaba la injusticia, no por convencimiento, sino para inducir a Sócrates a hacer las alabanzas de la justicia; y así yo, para oír de tí la defensa de la elocuencia, me he lanzado a polemizar contra ella, aun andando un poco contra mi propio sentir y naturaleza, que si juzgase que debe ser despreciada o tenida en menos por los bárbaros, no habría pasado de sus escuelas a ella, lo que hice poco ha, y no me habría dedicado casi por completo a las letras griegas y a tu nunca suficientemente elogiado Temistio. Si bien diré libremente lo que siento, me disgustan profundamente ciertos gramáticos que, sabiendo el origen de un par de vocablos, así se pavonean, así se ponderan, de tal modo se revuelven presuntuosos, que ante sí mismos juzgan que han de ser tenidos en nada los filósofos. No queremos, dicen, esas filosofías vuestras. ¿Y qué hay de extraño? Los perros no beben el vino de Falerno.

Con esto terminemos esta epístola. Si aquellos bárbaros merecieron algún nombre con el solo conocimiento de las cosas, no es fácil decir qué lugar, cuánta gloria te espera a ti que eres elocuentísimo entre los filósofos, y entre los elocuentes, para decirlo en griego, *filosofótatos*: sumamente filósofo.